
Jean Paul Sartre: filosofía, literatura y compromiso

Juan Mora Rubio

No pretendemos en este corto escrito hacer un análisis del pensamiento filosófico de Jean Paul Sartre, sino más bien destacar ciertos aspectos de su personalidad que necesariamente no pueden dejar de traslucirse en sus escritos. Su vida y su obra se confunden con la historia de nuestro siglo porque ellas son la medida de las esperanzas de muchos hombres y la dimensión de las frustraciones de otros. Durante medio siglo los jóvenes buscaron en los escritos del pensador francés la guía indispensable para actuar en un mundo desconcertado por la violencia, la guerra y la crisis, no sólo de los valores morales sino de los mismos fundamentos filosóficos. ¿Encontraron el alimento que buscaban?

Sartre conlleva las contradicciones, avances y retrocesos de nuestro tiempo. Su grandeza está en sus limitaciones porque éstas no son la medida de su sobresaliente personalidad, sino el signo de la confusión propia de los periodos históricos de transición como el nuestro. Se ha hecho la revolución y sus perspectivas siguen siendo válidas como lo demuestran los grandes momentos de la insurgencia en Centro América, tan martirizada por el imperialismo norteamericano. Sin embargo, esta revolución, por causas objetivas y por aberraciones propias de las circunstancias y características histórico sociales de los pueblos que las llevaron a efecto, ha mostrado defectos y limitaciones que no previeron, ni estaban en condiciones de hacerlo, los fundadores de la doctrina revolucionaria. Sartre representa la racionalidad que acoge sin limitaciones la revolución, pero además, la conciencia crítica de sus deformaciones. En el terreno estrictamente filosófico emerge, como buen francés, del racionalismo cartesiano del cual no reniega aunque procura, durante

los años de su madurez, fundirlo con el materialismo social de Carlos Marx. Quiso acercarse a la dialéctica materialista pero su individualismo y su visión cartesiana se lo vedaron. Desde sus primeros escritos afirmó: "Nuestro punto de partida, en efecto, es la subjetividad del individuo, y esto por razones estrictamente filosóficas. . . En el punto de partida no puede haber otra verdad que esta: *pienso, luego soy*; esta es la verdad absoluta de la conciencia captándose a sí misma. Toda teoría que toma al hombre fuera de ese momento en que se capta a sí mismo es ante todo una teoría que suprime la verdad, pues, fuera de este *cogito* cartesiano, todos los objetos son solamente probables, y una doctrina de probabilidades que no está suspendida de una verdad se hunde en la nada."

Nos hacen volver a sus escritos, una y otra vez, la riqueza de sus pensamientos y su escritura llena de vivacidad y sugerencias. No importa que nos separe de su obra el punto de partida (la inmediatez e indudabilidad de los datos de la conciencia individual sin intermediario), cuando tantas y buenas cosas nos acercan a su reflexión. Recordemos que Sartre, siguiendo la senda transitada por Feuerbach, Marx y Federico Nietzsche, trató de rescatar la inmanencia del hombre para que asuma su existencia desde la libertad y en nombre de sus propios valores humanos y no desde la trascendencia de otro ser cuya existencia no nos corresponde vivir. Con valor volvió, como los grandes escritores del pasado, sobre el concepto de ateísmo radical con el objeto de salvar al hombre y entregarle una vida más digna y auténtica precisamente en el momento en que la pero reacción burguesa estimula la exaltación de lo mágico y toda suerte de concepciones teñidas de religiosidad.

Falta un largo trecho por recorrer antes de

que las fuerzas del buen sentido, la razón y el sano sentimiento logren afirmar su predominio en el mundo. Entre tanto quedarán los escritos, por suerte numerosos, y la actitud digna de Sartre, que después de su muerte sigue alumbrando el tortuoso camino de nuestro tiempo.

No obstante la riqueza de su personalidad, su complejidad humana y las formas múltiples como revela su creatividad, Jean Paul Sartre muestra una permanente unidad. Jamás la vida de un hombre estuvo más cerca de su obra. Actuación, realización vital, tedio y satisfacción, constantes de toda existencia, están además de vividas plasmadas en la obra singular del pensador francés. Hay una identidad entre su vivir y su pensar; entre su concepción filosófica y su actuación política; entre los planteamientos teóricos que pretenden desentrañar una existencia que se afirma cada vez más en valores inmanentes, para cuyos fines no necesita de divinidad alguna ni de entes metafísicos, y las conductas y sentimientos de sus desolados personajes, que aunque salidos de la ficción, son proyecciones de la existencia real de los hombres. El discurso teórico existencialista elaborado por Jean Paul Sartre coincide con sus trabajos de carácter literario. Y no es, como se ha afirmado, que su obra literaria sea el simple laboratorio en donde el autor deja actuar a sus personajes para observar con atención las motivaciones de su conducta, las acciones gratuitas y las implicaciones morales y psicológicas de sus actos, sino que este mismo actuar es el resultado de la manera de darse la conciencia activa, intencional, es decir el *para sí*, y la forma de manifestarse la nada a través de la realidad humana; es, en fin, la manera de proyectarse la acción, la responsabilidad y sobre todo la libertad.

En los trabajos del gran pensador francés hay

dos discursos paralelos: el teórico y el literario. Ellos buscan fines diversos, toda vez que el uno pretende los propios de la teórica que esencialmente tiende a elucidar, descubrir, comunicar una verdad, y el otro apunta a la satisfacción de un proyecto estético en donde lo principal radica en la realización de la belleza. El uno tiene que ver con la comprensión, el otro con el sentimiento. No obstante el paralelismo de estos discursos, ellos consiguen poner de presente un fondo común logrado por sendas diferentes: una visión del mundo o "Weltanschauung", como la han denominado los alemanes. Sus discursos paralelos se comunican por el principio de la armonía preestablecida, de que hablaba Leibniz.

Si reflexionamos, a manera de ejemplo, sobre algunos problemas presentes en la obra de Sartre, encontraremos que ellos son abordados desde los dos territorios anotados. A propósito de la naturaleza humana dice Sartre:

"El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre o, como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Solo será después, y será tal como se haya hecho. Así, pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla [...] el hombre no es otra cosa que lo que él se hace."¹

De la misma suerte, a lo largo de la obra literaria de Sartre, nos encontramos con personajes como Orestes, hijo de Agamenon, en *Las Moscas*, o Roquentin en *La Náusea*, para no citar otros casos, que buscan la realización de su ser a partir de actos concretos que van configurando su propia identidad. A veces esta autoelaboración se consigue a partir de la mirada de un tercero, como en *A puerta cerrada*, o simplemente en la diversidad de los destinos de los personajes del tríptico *Los caminos de la libertad*, que viven su accidentado o prosaico presente simplemente como un proyecto, como una perspectiva, como un futuro a realizarse después de la guerra. Tal vez la circunstancia de que todos estos destinos sean simplemente una posibilidad que se realizará mañana, pero que actualmente desconocemos, haya hecho que Sartre dejara esta novela inconclusa para que sus lectores no vieran a sus personajes plenamente realizados. En cuanto a su ateísmo, en *El diablo y el buen Dios*, tanto los hombres como Dios están terriblemente solos y de esta suerte su angustia es semejante.

A Dios y a los hombres no les resta sino su propia vida y estos últimos tienen que matar a la divinidad para que ella no los disperse. Es una variante de la idea de Federico Nietzsche: matar a Dios para dar libertad a la existencia humana. El hombre es, entonces, fuente de la que emana su propio ser; causa de sí mismo y fundamento de su propio transcurso. Pero también se estructura un viernes santo invertido, puesto que el hombre se consume a sí mismo para que exista la posibilidad del nacimiento de Dios. El compromiso político de Sartre es la lucha constante contra el cielo, contra ese Dios creado por Camus para maldecirlo. Su ateísmo es la lucha por aclarar una existencia sin Dios, es la dimensión del presente, el reencuentro con la his-

¹ Jean Paul Sartre: *El existencialismo es un humanismo*, Sur, Buenos Aires, págs. 17 y 18.

toria y la significación de un hoy combativo, del cual fue paradigma Camus.² Por ello afirma:

“La inmortalidad es una terrible coartada: no es fácil vivir con un pie más allá de la tumba y con el otro más acá [...] “escribimos para nuestros contemporáneos y no queremos ver nuestro mundo con ojos futuros —sería el modo más seguro de matarlo— sino con nuestros ojos reales, con nuestros verdaderos ojos percederos [...] es aquí mismo, mientras vivimos, donde los pleitos se ganan o se pierden.”³

Otro problema de mucha significación en el pensamiento del filósofo existencialista es el de la libertad. Este igualmente ha sido desarrollado desde un ángulo teórico que desde una aprehensión literaria. Dice Sartre:

“Dostoiévsky escribe: ‘Si Dios no existiera, todo estaría permitido’. Este es el punto de partida del existencialismo. En efecto, todo está permitido si Dios no existe y en consecuencia el hombre está abandonado, porque no encuentra ni en sí ni fuera de sí una posibilidad de aferrarse. No encuentra, ante todo, excusas. Si en efecto la existencia precede a la esencia, no se podrá jamás explicar por referencia a una naturaleza humana dada y fija; dicho de otro modo, no hay determinismo, el hombre es libre, el hombre es libertad. Si, por otra parte, Dios no existe, no encontraremos frente a nosotros valores u órdenes que legitimen nuestra conducta. Así, no tenemos ni detrás ni delante de nosotros, en el dominio luminoso de los valores, justificaciones o excusas. Estamos solos, sin excusas. Es lo que expresaré diciendo que el hombre está condenado a

ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace.”⁴

Esto quiere decir que el hombre es libre porque no existe un pasado que lo determine. Es la fórmula agustiniana de un pasado que, en tanto que ya pasó, no puede afectar nuestro presente. El hombre es libre, además, puesto que Dios no existe y tiene por fuerza que darse a la tarea de elaborar su propia existencia. Estos planteamientos están desarrollados en forma minuciosa principalmente en sus obras de teatro, *Las Moscas*, *Los secuestrados de Altona*, y de manera muy particular en los interminables parlamentos de *El diablo y el buen Dios*. También están presentes en sus novelas *La Náusea* y *Los caminos de la libertad*.

¿Cuál puede ser la causa que lleva a Sartre a resultados semejantes, empleando caminos de expresión diferentes? Esta unidad de formas diversas en una misma obra no es corriente en los escritores, que amasados, como todos los humanos, por el signo de la contradicción y las indeterminaciones, han pensado en una dirección pero sentido en la opuesta. Goethe, el gran ilustrado racionalista que elaboró la teoría de los colores, es a su turno, el artista romántico que desde *Las cuitas del joven Werther* empujó a toda una generación a empuñar la pistola del suicida desesperado por amor. Y Rousseau, representante máximo de la ilustración europea, padre de una política racional y autor de *El contrato social*, que tanto influyó en los revolucionarios de 1789, mostró los ribetes del romántico, no solo en *Julia o la nueva Eloísa*, sino en escritos políticos

² Jean Paul Sartre: *Literatura y Arte, Situación IV*, Ed. Losada, Buenos Aires, pág. 90 y siguientes.

³ *Ibid.*, página 11.

⁴ Jean Paul Sartre: *El existencialismo es un humanismo*, Ed. Sur, Buenos Aires, págs. 26 y 27.


que le malquistaron definitivamente con Voltaire y Diderot.

Es verdad que esta unidad entre filosofía y literatura proviene, en última instancia, de que tanto la una como la otra surgen de una fuente común: la ideología. Esta constituye la atmósfera, el aire indispensable para alimentar la totalidad de la creación cultural que caracteriza a una época histórica determinada. Este elemento ideológico es, por lo demás, la fuerza gravitatoria que articula en forma unitaria las diversas manifestaciones de la creación. Es el resultado de la acción concreta de los hombres sobre el mundo y la consecuencia de sus relaciones entre sí. La fuerza de Heráclito encuentra su correspondiente expresión en el teatro de Esquilo. Y la voz conceptuosa y formalista de Sócrates tiene su equivalencia en el menguado teatro que elabora Eurípides.⁵ Pero estos elementos no son suficientes para explicar por sí solos la unidad manifiesta en la obra de Jean Paul Sartre.

Creemos que este gran pensador de nuestro tiempo deriva su coherencia, además, de un radical compromiso. El compromiso es el elemento determinante en la vida y la obra de Sartre. Las palabras para presentar el primer número de "Tiempos Modernos" ya definen esta circunstancia:

⁵ Federico Nietzsche: *El nacimiento de la tragedia*, Alianza editorial, Madrid, pág. 96 y siguiente.

"No queremos avergonzarnos de escribir y no tenemos ganas de hablar para no decir nada. Aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo; nadie puede hacerlo. Todo escrito posee un sentido, aunque este sentido diste mucho del que el autor soñó dar a su trabajo. Para nosotros, en efecto, el escritor no es ni una Vestal ni un Ariel; haga lo que haga, 'está en el asunto', marcado, comprometido, hasta su retiro más recóndito [. . .] Ya que el escritor no tiene modo alguno de evadirse, queremos que se abraza estrechamente con su época; es su única oportunidad; su época está hecha para él y él está hecho para ella. Suele lamentarse la indiferencia de Balzac ante las jornadas del 48 y la temerosa incompreensión de Flaubert ante la Comuna: la lamentación es por ellos; hay aquí algo que perdieron para siempre. Nosotros no queremos perder nada de nuestro tiempo; tal vez hubo mejores, pero este es el nuestro [. . .] No tenemos más que esta vida para vivir, en medio de esta guerra, tal vez de esta revolución."⁶

El compromiso, la certidumbre de la tragedia y la inevitabilidad de la muerte dan a la literatura de Sartre su carácter de testimonio y la convierten en fuente de verdad. 

⁶ Jean Paul Sartre: *¿Qué es la literatura?*, Ed. Losada, Buenos Aires, pág. 9 y 10.